

LOS MISERABLES

VÍCTOR HUGO

LOS MISERABLES

Traducción de
Andrés Ruiz Merino y Elena Sandoval



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Les miserables*

Diseño de la cubierta: Edhasa basada en un diseño de Jordi Salvany

Ilustración de la cubierta: © Thinkstock

Primera edición en Edhasa Literaria: septiembre de 2013

Primera edición en Pocket: junio de 2021

© de la traducción: Andrés Ruiz Merino y Elena Sandoval, 2013, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2013, 2021

Diputación, 262, 2^o 1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2199-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 7325-2021

Impreso en España

Índice

PRIMERA PARTE

Fantine

Libro primero. Un justo	13
Libro segundo. La caída	59
Libro tercero. En el año 1817	103
Libro cuarto. Confiar es a veces entregar	129
Libro quinto. El descenso	141
Libro sexto. Javert	173
Libro séptimo. El caso Champmathieu	185
Libro octavo. Contragolpe	239

SEGUNDA PARTE

Cosette

Libro primero. Waterloo	257
Libro segundo. La nave <i>Orion</i>	301
Libro tercero. Cumplimiento de la promesa hecha a la muerta	313
Libro cuarto. El caserón Gorbeau	357
Libro quinto. A caza negra, jauría muda	371
Libro sexto. El Petit-Picpus	397
Libro séptimo. Paréntesis	423
Libro octavo. Los cementerios toman lo que se les da	435

TERCERA PARTE

Marius

Libro primero. Estudio de algunos átomos de París	477
Libro segundo. El gran burgués	495
Libro tercero. El abuelo y el nieto	505
Libro cuarto. Los amigos del ABC	535
Libro quinto. La excelencia de la desgracia	561

Libro sexto. La conjunción de dos estrellas	579
Libro séptimo. Patron-Minette	595
Libro octavo. El pobre malvado	605

CUARTA PARTE

El idilio de la calle Plumet y la epopeya de la calle Saint-Denis

Libro primero. Unas páginas de historia	679
Libro segundo. Éponine	709
Libro tercero. La casa de la calle Plumet	725
Libro cuarto. Socorros de abajo pueden ser socorros de arriba	753
Libro quinto. Cuyo final no se parece al principio	763
Libro sexto. El pequeño Gavroche	779
Libro séptimo. El argot	811
Libro octavo. El encanto y la desolación	831
Libro noveno. ¿Adónde van?	861
Libro décimo. El 5 de junio de 1832	869
Libro undécimo. El átomo fraterniza con el huracán	889
Libro duodécimo. Corinto	903
Libro decimotercero. Marius entra en la sombra	931
Libro decimocuarto. La grandeza de la desesperación	941
Libro decimoquinto. La calle del Homme-Armé	959

QUINTA PARTE

Jean Valjean

Libro primero. La guerra entre cuatro paredes	979
Libro segundo. El intestino de Leviatán	1045
Libro tercero. Cieno, pero también alma	1061
Libro cuarto. Javert descarrila	1095
Libro quinto. El nieto y el abuelo	1107
Libro sexto. La noche en blanco	1133
Libro séptimo. El último sorbo del cáliz	1153
Libro octavo. La mengua crepuscular	1173
Libro noveno. Suprema sombra, suprema aurora	1185

En tanto exista, por causa de las leyes y las costumbres, una condenación social que crea artificialmente infiernos en pleno desarrollo de la civilización y contamina de fatalidad humana el destino del hombre, que es divino; en tanto no se resuelvan los tres problemas del siglo: la degradación del hombre por el proletariado, la decadencia de la mujer por el hambre, la atrofia del niño por la noche; en tanto sea posible la asfixia social en determinadas regiones; en otros términos y de modo más general, en tanto haya en la Tierra ignorancia y miseria, quizá no sean inútiles libros de la naturaleza de éste.

Hauteville-House, 1 de enero de 1862

PRIMERA PARTE

Fantine

LIBRO PRIMERO

Un justo

I

El señor Myriel

En 1815 el señor Charles François Bienvenue Myriel, un anciano de unos setenta y cinco años, era obispo de Digne, sede que ocupaba desde 1806.

Aunque este detalle no afecte al fondo de la historia que vamos a contar, quizá no sea inútil constatar para ser exactos en todos los rumores y habladurías que sobre su persona habían circulado cuando llegó a la diócesis. Lo que de los hombres se dice, cierto o no, a menudo ocupa tanto lugar en su vida, y sobre todo en su porvenir, como lo que hacen. Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix; nobleza de toga. Se decía que su padre, pensando que heredaría su puesto, lo había casado, como era costumbre entre los parlamentarios, muy joven, con apenas veinte años. A pesar de su matrimonio, había dado mucho que hablar. Era de buena presencia aunque de pequeña estatura, elegante, inteligente, encantador; el mundo, sobre todo el femenino, había ocupado toda la primera parte de su vida.

Sobrevino la Revolución, los acontecimientos se precipitaron y las familias ligadas al antiguo régimen, perseguidas, acosadas, diezmadas, se dispersaron. Nada más comenzar la Revolución, Myriel emigró a Italia. Su mujer murió allí de una enfermedad del pecho que venía padeciendo tiempo atrás. No tenían hijos. ¿Qué ocurrió después en los destinos del señor Myriel? El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos sucesos del 93, más espantosos quizá para los emigrantes, que los veían con un horror aumentado por la distancia, ¿hicieron germinar en su alma ideas de retiro y de soledad? ¿Acaso, en medio de alguna de las distracciones o afecciones que ocupaban su vida, lo alcanzó en el corazón uno de esos golpes misteriosos y terribles capaces de derribar a un hombre al que no afectan las catástrofes públicas, aun cuando afecten a su existencia y a su fortuna? Nadie habría podido decirlo; sólo se sabía que a la vuelta de Italia era sacerdote.

En 1804 el señor Myriel, ya mayor, era el cura de Brignolles y vivía en un profundo retiro.

Poco después de la coronación de Napoleón, un asunto de su parroquia, no se sabe muy bien cuál, lo llevó a París. Visitó, entre otras personas poderosas de las que solicitaba ayuda para sus feligreses, al cardenal Fesch, tío del Emperador. Éste, un día que fue también a visitarlo, vio al digno cura que esperaba en la antesala y, notando la curiosidad con que aquel viejecito lo miraba, se volvió y dijo bruscamente:

—¿Quién es ese buen hombre que me mira?

—Majestad —dijo el cura—, vos miráis a un buen hombre y yo miro a un gran hombre. Cada uno de nosotros puede beneficiarse de lo que mira.

Esa misma noche, el Emperador pidió al cardenal el nombre de aquel cura. Poco tiempo después, el cura Myriel recibió una sorpresa: había sido nombrado obispo de Digne.

¿Qué había, por lo demás, de cierto en lo que se decía de la primera parte de su vida? Nadie lo sabe. Pocas familias habían conocido a la suya antes de la Revolución.

Monseñor Myriel tuvo que correr la suerte de todos los recién llegados a una ciudad pequeña en la que hay muchas bocas que hablan y pocas cabezas que piensan. La debía sufrir, aunque fuera obispo y precisamente porque lo era. Pero, después de todo, los asuntos con los que se mezclaba su nombre no eran quizá más que habladurías; ruido, chismes, rumores; *palabres*, como se dice en la enérgica lengua del Midi.

Sea como fuere, tras nueve años de episcopado y de residencia en Digne, todas estas historias, temas de conversación que ocupan en los primeros momentos a las gentes de baja condición de las pequeñas ciudades, habían caído en un profundo olvido. Nadie habría osado hablar de ello, nadie se habría atrevido a acordarse siquiera.

Monseñor Myriel llegó a Digne acompañado de una solterona, la señorita Baptistine, una hermana diez años menor que él. Tenían por toda servidumbre a la señora Magloire, una criada de la edad de la hermana, quien, después de haber sido la *criada del señor cura*, asumía ahora el doble título de doncella de la señorita Baptistine y ama de llaves de monseñor.

La señorita Baptistine era alta, pálida, delgada, de modales muy suaves; era la encarnación de ese ideal que expresa la palabra *respectable*; pues parece necesario que una mujer sea madre para que pueda ser llamada *venerable*. Nunca había sido bonita; su vida, que no había sido más que una sucesión de buenas obras, había terminado por adornarla con una especie de blancura luminosa; al envejecer adquirió lo que se podría llamar la belleza de la bondad. La delgadez de la juventud se había convertido en transparencia, a través de la cual se veía el ángel. Era, más que virgen, un alma pura. Su persona parecía hecha de sombra, con apenas cuerpo como para que en él albergara un sexo; un poco de materia resplandeciente; grandes ojos siempre bajos; un pretexto para que un alma permanezca sobre la Tierra.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, oronda y rolliza siempre afanada y siempre sofocada, tanto a causa de su actividad como de su asma.

Monseñor Myriel se instaló en el palacio episcopal con todos los honores dispuestos por los decretos imperiales, que colocan al obispo inmediatamente después del mariscal de campo. El alcalde y el presidente le hicieron la primera visita, y él, por su parte, visitó en primer lugar al general y al gobernador.

Una vez instalado, la ciudad observó el comportamiento de su obispo.

II

Mons. Myriel se convierte en Mons. Bienvenue

El palacio episcopal estaba unido al hospital. Era un vasto y hermoso edificio de piedra construido a principios del siglo pasado por monseñor Henri Puget, doctor en teología por la universidad de París, abad de Simore, que había sido obispo de Digne en 1712. Se trataba de una mansión auténticamente señorial. Todo en ella respiraba un

cierto aire de grandeza: los aposentos del obispo, los salones, las habitaciones, un patio de honor muy amplio con galerías y soportales, según la antigua costumbre florentina, y los jardines, con magníficos árboles. En el comedor, una larga y soberbia galería que se hallaba en la planta baja y se abría a los jardines, Mons. Henri Puget había dado de comer el 29 de julio de 1714 a Mons. Charles Brûlart de Genlis, arzobispo-príncipe de Embrun; a Antoine de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse; a Philippe de Vendôme, gran prior de Francia, abad de Saint-Honoré de Lérins; a François de Berton de Crillon, obispo y barón de Vence; a César de Sabran de Forcalquier, obispo y señor de Glandève; y a Jean Soanen, sacerdote del oratorio, predicador ordinario del rey, obispo y señor de Senz. Los retratos de estos siete reverendos personajes decoraban la sala, y aquella fecha memorable, *29 de julio de 1714*, quedó grabada con letras de oro en una mesa de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de dos pisos, con un pequeño jardín.

Tres días después de su llegada, el obispo visitó el hospital. Terminada la visita, le pidió al director que tuviera a bien acompañarlo a su palacio.

—Señor director —le dijo—, ¿cuántos enfermos tiene en este momento?

—Veintiséis, monseñor.

—Son los que había contado —dijo el obispo.

—Las camas —continuó el director— están muy próximas unas de otras.

—Ya lo había notado.

—Las salas, más que salas, son celdas, y en ellas el aire se renueva con dificultad.

—Me lo había parecido.

—Además, cuando un rayo de sol penetra en el edificio, los convalecientes no caben en el jardín.

—También me lo había figurado.

—En años de epidemia como éste, que hemos tenido el tífus, y hace dos, que sufrimos las fiebres miliares, se juntan tantos enfermos, más de cien, que no sabemos qué hacer.

—Ya lo había pensado.

—¡Qué le vamos a hacer, monseñor!, hay que resignarse.

Esta conversación se mantenía en la galería-comedor de la planta baja. El obispo calló un momento; luego, volviéndose súbitamente hacia el director del hospital, preguntó:

—¿Cuántas camas cree que podrían caber en esta sala?

—¿En el comedor de Su Ilustrísima? —exclamó el director, estupefacto.

El obispo recorría la sala con la vista y parecía que sus ojos tomaban medidas y hacían cálculos.

—Al menos veinte camas —dijo como hablando consigo mismo; después, alzando la voz, añadió—: Mire, señor director, aquí evidentemente hay un error. En el hospital son veintiséis personas repartidas en cinco o seis pequeños cuartos. Nosotros aquí somos tres y tenemos sitio para sesenta. Hay un error, le digo; la casa que usted ocupa es la mía y la que yo tengo es la suya. Devuélvamela, pues aquí estoy en su casa.

Al día siguiente, los veintiséis enfermos estaban instalados en el palacio del obispo, y éste en el hospital.

Mons. Myriel no tenía bienes, pues su familia había sido arruinada por la Revolución. Su hermana cobraba una renta vitalicia de quinientos francos, que bastaban al presbítero para sus gastos personales. Mons. Myriel recibía del Estado, como obispo que era, unos emolumentos de quince mil francos. Nada más alojarse en el hospital, decidió, de una vez por todas, el empleo de esta suma de la forma siguiente. Transcribimos aquí una nota suya manuscrita:

Nota para ordenar los gastos de la casa	
Para el seminario	mil quinientos francos
Congregación de la misión	cien francos
Para los lazaristas de Montdidier	cien francos
Seminario de las legiones extranjeras en París	doscientos francos
Congregación del Santo Espíritu	ciento cincuenta francos
Establecimientos religiosos en Tierra Santa	cien francos
Sociedades para el auxilio de la infancia	trescientos francos
Suplemento para la de Arlés	cincuenta francos
Para la mejora de las prisiones	cuatrocientos francos
Para el alivio y liberación de los encarcelados	quinientos francos
Para liberar a los padres de familia encarcelados por deudas.	mil francos
Suplemento para los maestros de escuela de la diócesis	dos mil francos
Pósito de los Altos Alpes	cien francos
Congregación de damas de Digne, de Manosque y de Sisteron, para la enseñanza gratuita de niños indigentes	mil quinientos francos
Para los pobres	seis mil francos
Para mis gastos personales	mil francos
Total	quince mil francos

Durante todo el tiempo que ocupó la sede de Digne, Mons. Myriel no cambió casi nada del plan de gastos. Su cumplimiento era para él, como se puede ver, la forma de tener ordenados los gastos de su casa.

Estas disposiciones fueron aceptadas con absoluta sumisión por su hermana. Para esta santa mujer, monseñor era a la vez su hermano y su obispo, su amigo, según la naturaleza, y su superior, según la Iglesia. Lo amaba y lo veneraba, eso era todo. Cuando él hablaba, ella se inclinaba; cuando él obraba, ella se adhería. Sólo la sirvienta, la señora Magloire, murmuró un poco. El señor obispo, como se ha podido observar, no se había reservado más que mil francos, lo que con la pensión de Baptistine daba una suma de mil quinientos francos al año. Con estos mil quinientos francos vivían las dos mujeres y el anciano.

Y, gracias a las severas economías de la señorita Baptistine y de la señora Magloire, cuando un cura de la diócesis iba a Digne el obispo todavía se las arreglaba para atenderle.

Un día, a los tres meses de haber llegado a la ciudad, dijo el obispo:

—La verdad es que con todo esto no voy muy desahogado.

—Ya lo creo —dijo la señora Magloire—, como que monseñor no ha reclamado ni siquiera la renta que el departamento le debe por los gastos de carruaje para sus desplazamientos en la ciudad y sus visitas pastorales. Era lo habitual en otros tiempos.

—¡Vaya! —dijo el obispo—, tiene razón.

E hizo la reclamación.

Poco tiempo después, el consejo general, tomando en consideración su demanda, le asignó una suma anual de tres mil francos con el añadido: «Ayuda al señor obispo para gastos de carruajes de correo y de visitas pastorales».

Ello dio mucho que hablar a la burguesía local, y, con tal motivo, un senador imperial, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al dieciocho brumario y provisto de una magnífica senaduría, dirigió al ministro de cultos, señor Bigot de Préameneu, una breve carta irritada y confidencial, que hizo entregarle en mano, de la que extraemos estas líneas:

«¿Gastos de carruaje? ¿Para qué, en una ciudad de menos de cuatro mil habitantes? ¿Gastos de correo y de giras por la diócesis?; en primer lugar, ¿a santo de qué tanta gira?, y después, ¿por qué tanta prisa en un país de montañas? No hay caminos. Sólo se puede ir a caballo. Incluso el puente del Durance en Château-Arnoux apenas puede soportar el paso de las carretas de bueyes. Estos curas son todos iguales. Avaros y codiciosos. Se las dio de buen apóstol nada más llegar. Ahora hace como los demás. Necesita carruaje y silla de posta. Necesita lujo, como los antiguos obispos. ¡Vaya con la clerigalla! Señor conde, las cosas no irán bien hasta que el Emperador no nos entregue a estos comecirios. ¡Abajo el Papa! (las relaciones con el Vaticano no estaban en su mejor momento). Por mi parte, yo estoy solamente con el César. Etc., etc.»

Por el contrario, la señora Magloire se mostró encantada.

—Bien —dijo a la señorita Baptistine—, monseñor ha empezado por los otros, pero justo era que terminara por él mismo. Después de pagar todas sus caridades, qué buenos son tres mil francos para nosotros. Por fin.

Aquella misma tarde, el obispo escribió y entregó a su hermana una nota:

Gastos de carruaje y de visitas pastorales

Caldo de carne para los enfermos del hospital	mil quinientos francos
Caridad para la infancia de Aix	doscientas cincuenta francos
Caridad para la infancia de Draguignan	doscientas cincuenta francos
Para la inclusa	quinientos francos
Para los huérfanos	quinientos francos
Total	tres mil francos

Así era el presupuesto de Mons. Myriel.

En cuanto a los honorarios episcopales por publicación de amonestaciones, dispensas, bautismos, predicaciones, bendiciones de iglesias o de capillas, bodas, etc., el obispo se los cobraba a los ricos con tanto rigor como largueza usaba luego dándoselos a los pobres.

Los donativos de dinero afluyeron al poco tiempo. Los que tenían y los que carecían llamaban a la puerta de Mons. Myriel, los unos en busca de la limosna que dejaban los otros. En un año, el obispo se convirtió en el tesorero de todas las buenas obras y en el cajero de todas las miserias. Por sus manos pasaban sumas considerables, pero nada pudo hacer que cambiara un ápice su forma de vida ni que añadiera nada superfluo a lo necesario.

Al contrario. Como siempre hay más miseria abajo que fraternidad arriba, todo se daba, por así decir, antes de ser recibido; era como el agua que riega una tierra seca: por más dinero que recibiera, no era suficiente, y él daba de lo suyo.

Era costumbre que los obispos encabezaran sus mandamientos y sus cartas pastorales con el nombre de pila completo. Y así, las buenas gentes del país habían elegido entre los nombres del obispo, con un afecto instintivo, el que mejor le acomodaba, y sólo le llamaban Mons. Bienvenue. Haremos como ellos, y le llamaremos así cuando convenga. Por lo demás, este nombre le gustaba.

—Me gusta ese nombre —decía—. Bienvenue enmienda a monseñor.

No pretendemos que el retrato que acabamos de hacer sea verosímil; nos limitamos a decir que se le parecía.

III

A buen obispo, obispado difícil

No por haber convertido su carruaje en limosnas hacía el obispo menos visitas pastorales. La de Digne es una diócesis difícil. Hay muy pocas llanuras, muchas montañas, casi ninguna carretera, como acabamos de ver; treinta y dos parroquias, cuarenta y una vicarías y doscientas ochenta y cinco iglesias. Visitar todo aquello era un arduo problema que no arredraba al señor obispo. A pie cuando iba cerca, en carreta para ir al llano, y en las zonas de montaña, a caballo. Solían acompañarle las dos mujeres. Cuando el trayecto era demasiado penoso, iba solo.

Un día llegó a Senez, antigua sede del episcopado, montado en un asno. Su economía, muy ajustada en ese momento, no le había permitido medio mejor de desplazarse. El alcalde fue a recibirle a la puerta del obispado y le miraba escandalizado bajarse del burro. Algunos burgueses reían a su alrededor.

—Señor alcalde —dijo el obispo—, señores míos, ya veo lo que os escandaliza; os parece un acto de soberbia que un pobre sacerdote monte la misma cabalgadura que Jesucristo. Lo hago por necesidad, os lo aseguro, no por vanidad.

En sus visitas era indulgente y dulce y, más que predicar, hablaba. Nunca les proponía virtudes inalcanzables. Sus razonamientos y sus modelos los tomaba siempre de su pequeño mundo circundante. A los habitantes de una región les citaba ejemplos de la región vecina. En las zonas donde más menesterosos había, decía:

—Mirad las gentes de Briançon. Han permitido a las viudas, a los huérfanos y a los indigentes segar sus prados tres días antes que a los demás. Les levantan gratis sus casas cuando están en ruinas. También es un país bendecido por Dios. Durante los cien años de un siglo no ha habido allí ni un asesinato.

En los pueblos donde la gente no pensaba más que en hacer dinero y en la recolección de sus cosechas les decía:

—Mirad a los de Embrun. Si un padre de familia tiene a sus hijos en el servicio militar y a sus hijas haciendo el servicio social, y en el tiempo de la recolección se halla impedido, el cura lo dice en la predicación; y el domingo, después de la misa, todo el pueblo, hombres, mujeres y niños van a las tierras del pobre hombre para hacerle la cosecha, y le meten el grano y la paja en el granero.

A las familias divididas por cuestiones de dinero o de herencia les decía:

—Fijaos en los montañeses de Devolny, un pueblo tan agreste que sólo cada cincuenta años se oye allí el canto del ruiseñor. Pues bien, cuando muere un padre de familia, los hijos se van a buscar fortuna y dejan los bienes a sus hermanas para que puedan encontrar marido.

A los pueblos pendencieros que andaban siempre metidos en pleitos, cuyos labradores se arruinaban con los gastos en papel timbrado les decía:

—Mirad a los paisanos del valle de Queyras. Son unas tres mil almas. ¡Dios mío!, es como una pequeña república. Allí no saben lo que es un juez ni un agente judicial. El alcalde se encarga de todo. Reparte los impuestos, grava a cada vecino en conciencia, juzga gratis las querellas, reparte los patrimonios sin cobrar honorarios; y le obedecen, porque es un hombre justo entre hombres sencillos.

A los de los pueblos donde no había maestro, les seguía citando a los de Queyras:

—¿Sabéis cómo se las arreglan? Como un pueblo pequeño de doce o quince hogares no puede alimentar a un maestro, tienen uno para todo el valle que recorre los pueblos y pasa ocho días enseñando en este de aquí y diez en el de más allá. Estos maestros van a las ferias, yo los he visto. Se los reconoce por las plumas de escribir que llevan en la trencilla del sombrero. Los que sólo enseñan a leer llevan una pluma y los que, además, enseñan aritmética, llevan dos; los que, sobre la lectura y la aritmética, enseñan el latín llevan tres. Estos últimos son grandes sabios. ¡Pero qué vergüenza ser tan ignorantes! Haced como los de Queyras.

Hablaba así, grave y paternalmente, inventando parábolas si no tenía ejemplos, yendo derecho al fin propuesto, con pocas palabras y muchas imágenes, con la elocuencia misma de Jesucristo, seguro y persuasivo.

IV

Obras semejantes a las palabras

Su conversación era afable y alegre. Se ponía al nivel de las dos mujeres que se pasaban la vida a su lado; cuando se reía, era la risa de un colegial.

La señora Magloire le llamaba gustosamente *Vuestra Grandeza*. Un día el obispo se levantó del sillón para ir a buscar un libro a la biblioteca. El libro estaba en uno de los estantes de arriba. Como era de talla bastante pequeña, no pudo alcanzarlo.

—Señora Magloire —dijo—, alcánceme una silla. Mi Grandeza no llega hasta esa balda.

Uno de sus parientes lejanos, la señora condesa de Lô, raramente dejaba escapar la ocasión de enumerar en su presencia lo que ella llamaba «las esperanzas» de sus tres hijos. Tenía varios ascendientes, muy viejos y próximos a la muerte, de los que sus hijos eran los herederos naturales. El más joven de los tres iba a recibir de una tía abuela sus buenas cien mil libras de renta; el segundo sucedería a su tío en el título de duque; el mayor heredaría de su abuelo la condición de par. El obispo escuchaba habitualmente en silencio aquellas inocentes y perdonables ostentaciones maternas. Sin embargo, una vez el obispo se quedó más meditabundo que de costumbre mientras la señora de Lô renovaba los detalles de todas estas herencias y «esperanzas». La condesa se interrumpió con alguna impaciencia:

—¡Dios mío, sobrino!, pero ¿en qué piensas ahora?

—Pienso en algo singular que está escrito, creo, en san Agustín: «Poned vuestra esperanza en aquel a quien nadie sucede».

Otra vez, al recibir una carta con la notificación del fallecimiento de un gentilhomme de la región, en la que se describían en una larga página, además de las dignidades del difunto, todos los títulos feudales y nobiliarios de todos sus antepasados, exclamó:

—Anchas espaldas tiene la muerte. ¡Qué admirable carga de títulos se le hace llevar alegremente y qué talento hay que tener para hacer de una tumba un monumento a la vanidad!

A veces mostraba un dulce espíritu burlón que casi siempre contenía un lado serio. Una vez, durante la Cuaresma, vino a Digne un joven vicario para predicar en la catedral. El tema del sermón era la caridad. Se mostró bastante elocuente. Invitó a los ricos a dar a los indigentes, a fin de evitar el infierno, que dibujó lo más espantoso que pudo, y de ganar el paraíso, que pintó como lo más deseable y encantador. Había en el auditorio un rico comerciante retirado, algo usurero, Géborand, el cual había ganado medio millón fabricando gruesas telas, sargas diversas y un tipo de bonetes de fieltro llamado fez, todo de bajo precio. No había dado una limosna en su vida, pero después del sermón se advirtió que todos los domingos daba cinco céntimos a los viejos mendigos que pedían en el portal de la catedral. Y eran seis a repartirse aquello. Un día, el obispo le vio haciendo su caridad y le dijo a la hermana con una sonrisa:

—Ahí tienes al señor Géborand comprando cinco céntimos de paraíso.

Cuando se trataba de caridad no retrocedía nunca, ni siquiera ante una negativa; entonces encontraba palabras que hacían reflexionar. Una vez, que pedía para los pobres en

un salón de la ciudad, estaba allí el marqués de Champtercier, viejo, rico, avaro; se las arreglaba para mostrarse al mismo tiempo ultramonárquico y ultravolteriano. Es ésta una variedad que verdaderamente ha existido. El obispo se le acercó y le tocó en el brazo. «Señor Marqués, es preciso que dé algo». El marqués se volvió y respondió secamente: «Monseñor, yo tengo mis pobres». «Démelos», dijo el obispo.

Un día, predicó este sermón en la catedral:

«Mis muy queridos hermanos, mis buenos amigos: hay en Francia trescientas veinte mil casas de campesinos que no tienen más que tres aberturas, ochocientas diecisiete mil que tienen sólo dos, la puerta y una ventana, y, en fin, trescientas cuarenta y seis mil cabañas con sólo una abertura, la puerta. Y esto, debido a algo que se llama impuesto sobre puertas y ventanas. Poned una familia pobre con ancianos y niños en una de esas viviendas y veréis cómo enseguida aparecen fiebres y enfermedades. ¡Ay! Dios da el aire a los hombres y la ley se lo vende. No acuso a la ley, pero bendigo a Dios. En el Isère, en el Var, en los dos Alpes, en los altos y en los bajos, los labradores no tienen ni siquiera carretillas: tienen que transportar el abono a las espaldas; no tienen velas, y por eso queman palos resinosos y puntas de cuerda impregnadas de pez resinosa. Es así en todo el Delfinado. Hacen pan para seis meses, y lo cuecen no con leña, sino con boñiga seca de vaca. En invierno cortan el pan a golpe de hacha, y lo tienen que poner a remojo en agua durante veinticuatro horas para poderlo comer. ¡Tened piedad, hermanos míos! Ved cómo se sufre a vuestro alrededor».

Como provenzal que era, se había familiarizado rápidamente con todos los dialectos del Mediodía. Decía: «*Eh bé! moussu, sès sagé?*», como en el bajo Languedoc. «*Onté anaras passa?*», como en los Bajos Alpes. «*Puerte un bouen moutou embe un bouen fromage grase*», como en el bajo Delfinado. Esto gustaba mucho a la gente y había contribuido no poco a que lo sintieran como uno de ellos. Se encontraba en la aldea y en la montaña como en su casa. Sabía decir las cosas más grandes en los idiomas más vulgares. Como hablaba todas las lenguas, entraba en todas las almas.

Por lo demás, era el mismo para la gente de mundo que para el pueblo.

No se apresuraba en condenar y siempre tenía en cuenta las circunstancias. Decía: —Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

Siendo, como se calificaba a sí mismo sonriendo, un expecador, no tenía la actitud escarpada que da el rigorismo y profesaba, alto y sin el fruncimiento de cejas de los virtuosos feroces, una doctrina que se podría resumir, poco más o menos, así:

«El hombre lleva sobre sí el peso de la carne, que es a la vez su fardo y su tentación. La arrastra y cede a ella.

«Debe vigilarla, contenerla, reprimirla, y no obedecerla más que en caso extremo. En esta obediencia, puede todavía haber falta, pero la falta así cometida es venial. Es una caída, pero una caída de rodillas que puede acabar en oración.

«Ser un santo es la excepción; ser un justo es la regla. Errad, desfalleced, pecad, pero sed justos.

«Pecar lo menos posible es la ley del hombre. No pecar en absoluto es el sueño del ángel. Todo lo que es terrestre está sometido al pecado. El pecado atrae como la gravitación».

Cuando veía que ante un pecado la gente gritaba mucho y se indignaba rápidamente, decía sonriendo:

—¡Bah! ¡Bah!, parece que se está cometiendo un crimen. No es para tanto. Son las hipocresías escandalizadas, que se apresuran a protestar y a esconderse.

Era indulgente con las mujeres y los pobres, sobre los que cae todo el peso de la sociedad. Y decía:

—Las faltas de las mujeres, de los niños, de los sirvientes, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes son las de los maridos, de los padres, de los señores, de los fuertes, de los ricos y de los sabios.

Y decía más:

—A los que no saben, enseñadles todo lo que podáis; la sociedad es culpable de no dar gratis la instrucción; ella es responsable de la oscuridad que produce. Un alma llena de sombra comete pecados. Pero la culpable no es ella, sino quien la sumerge en las tinieblas.

Como puede verse, tenía una manera propia y extraña de juzgar las cosas. Supongo que la había tomado del Evangelio.

Un día oyó contar en un salón un proceso criminal que se estaba instruyendo y que pronto se iba a juzgar. Un hombre miserable, por el amor de una mujer y del hijo que con ella tenía, al límite ya de sus recursos, había acuñado moneda falsa. Pagar con moneda falsa era un delito que por entonces se castigaba con la pena de muerte. Habían arrestado a la mujer cuando pagaba con la primera moneda fabricada por el hombre. La tenían presa, pero sólo había pruebas contra ella. Sólo ella, confesando, podía culpar a su amante y perderle. Ella negó. Insistieron. Siguió negando. El fiscal tuvo una idea. Urdió una infidelidad del amante con fragmentos de cartas astutamente presentados, persuadiendo así a la desgraciada de que tenía una rival, de que había sido traicionada y de que el hombre la engañaba. Entonces la mujer, exasperada por los celos, denunció a su amante: todo confesado, todo probado. El hombre estaba perdido y lo iban a juzgar muy pronto junto con su cómplice. Contaban el hecho, y todos quedaban extasiados ante la habilidad del magistrado. Al sacar a escena los celos, había hecho surgir la verdad impulsada por la cólera, de la venganza había hecho salir la justicia. El obispo lo escuchaba todo en silencio. Cuando terminó la historia, preguntó:

—¿Dónde juzgarán a ese hombre y a esa mujer?

—En la Audiencia.

Y él, de nuevo:

—¿Y dónde se juzgará al magistrado?

Ocurrió en Digne un suceso trágico. Un hombre fue condenado a muerte por asesinato. Era un desgraciado no del todo letrado, no del todo ignorante, que había sido tiritero en las ferias y escribano público. El proceso tenía a la ciudad en vilo. La víspera del día fijado para la ejecución, el capellán de la prisión cayó enfermo. Hacía falta un sacerdote para asistir al condenado en sus últimos momentos. Fueron a buscar al cura. Parece que rehusó diciendo: «Eso no me atañe. Como si no tuviera otra cosa que hacer que atender a este saltimbanqui; yo también estoy enfermo; y por otra parte, ése no es mi trabajo». Se lo contaron al obispo, que dijo:

—El señor cura tiene razón. No es su sitio; es el mío.

Al momento se fue a la prisión, bajó a la celda del «saltimbanqui», lo llamó por su nombre, le tomó la mano y le habló. Pasó todo el día y toda la noche a su lado, olvidando el alimento y el sueño, rogando a Dios por el alma del condenado y rogando al condenado por la suya propia. Le dijo las mayores verdades, que son las más sencillas. Fue padre, hermano, amigo; obispo, sólo para bendecirle. Le enseñó todo lo necesario, tranquilizándolo y consolándolo. Aquel hombre iba a morir desesperado. La muerte era para él como un abismo. De pie y tembloroso ante aquel lúgubre umbral, retrocedía con horror. No era lo suficientemente ignorante como para ser absolutamente indiferente. Su condena, profunda sacudida, había roto de alguna forma, acá y allá, alrededor de él, ese muro que nos separa del misterio de las cosas y que llamamos la vida. Miraba sin cesar fuera del mundo a través de aquellas brechas fatales y no veía más que tinieblas. El obispo le hizo ver un poco de luz.

Al día siguiente, cuando vinieron a buscar al desgraciado, el obispo estaba allí. Lo siguió. Se mostró ante el gentío revestido de su muceta color violeta y con la cruz episcopal al cuello junto a aquel miserable atado y bien atado.

Subió con él a la carreta, subió al cadalso con él. El condenado, tan triste y acongojado la víspera, estaba radiante. Sentía que su alma estaba reconciliada y esperaba a Dios. El obispo lo abrazó y, en el momento en que la cuchilla iba a caer, le dijo:

—Aquel a quien el hombre mata, Dios lo resucita; aquel que es expulsado por sus hermanos encuentra a Dios. ¡Reza, cree, entra en la vida! El Padre te espera.

Cuando bajó del cadalso tenía algo en la mirada que hizo que el pueblo le rindiera un homenaje de silencio. Entre su palidez y su serenidad, no se sabía qué era más admirable. Al volver a su humilde casa, que él llamaba sonriendo su palacio, dijo a su hermana:

—Acabo de oficiar de pontifical.

Como las cosas más sublimes son a menudo las peor comprendidas, hubo en la ciudad quien dijo, hablando de la conducta del obispo: «Es un afectado». Pero no fue más que un comentario de salón. El pueblo, que no ve malicia en las acciones santas, se enterneció y lo admiró.

En cuanto al obispo, el haber visto la guillotina fue para él un choque del que tardó mucho tiempo en reponerse.

El cadalso, cuando se tiene delante, desafiante y en pie, tiene algo que alucina. Se puede ser indiferente ante la pena de muerte, no pronunciarse, no decir ni sí ni no, mientras no ha se ha tenido la guillotina delante de los ojos; pero cuando se la tiene delante, la sacudida es violenta y es preciso decidir y tomar partido, a favor o en contra. Unos la admiran, como Maistre; otros la execran, como Beccaria. La guillotina es la concreción de la ley; se llama *vindicta*; no es neutra y no nos permite permanecer neutros. Quien la ve se estremece con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales trazan alrededor de esta cuchilla un punto de interrogación. El cadalso no es un armazón, el cadalso no es un mecanismo inerte hecho de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que sea una especie de ser que tiene no sé qué sombría iniciativa; se diría que este armazón ve, que esta máquina oye, que esta mecánica comprende, que esta madera, este

hierro y estas cuerdas desean. En la horrible meditación a la que el alma es arrojada en su presencia, el patíbulo aparece siempre participando en lo que en él ocurre. El patíbulo es el cómplice del verdugo; devora; come carne y bebe sangre. El patíbulo es una especie de monstruo creado por el juez y el carpintero, un espectro que parece vivir una especie de vida espantosa hecha de toda la muerte que ha producido.

Por eso fue tan horrible y profunda la impresión que recibió el obispo; el día siguiente a la ejecución, y todavía muchos días después, parecía abatido. La serenidad casi violenta que mantuvo durante el momento fúnebre había desaparecido: el fantasma de la justicia social lo obsesionaba. Él, que siempre volvía radiante de todas sus actividades, parecía que se hacía reproches. Hablaba a veces consigo mismo y tartamudeaba lúgubres monólogos a media voz. He aquí uno de ellos, que su hermana oyó y anotó una noche:

—No pensaba que esto fuera tan monstruoso. Es un error pensar sólo en la ley divina hasta el punto de no reparar ya en la humana. La muerte sólo pertenece a Dios. ¿Con qué derecho los hombres entran en contacto con esa cosa desconocida?

Estas impresiones se atenuaron y probablemente se borraron con el tiempo. Sin embargo, se notó que el obispo evitaba desde entonces pasar por la plaza de las ejecuciones.

Se le podía llamar a cualquier hora a la cabecera de los enfermos y de los moribundos. Él sabía que aquel era su mayor deber y su principal trabajo. Las familias de viudas o de huérfanos no tenían necesidad de llamarlo, acudía por sí mismo. Sabía sentarse y callar durante largas horas cerca del hombre que había perdido a la mujer que amaba, o de la madre que había perdido al hijo. Igual que sabía el momento de callar, sabía el momento de hablar. ¡Qué admirable consolador! No buscaba borrar el dolor por el olvido, sino agrandarlo y dignificarlo por la esperanza. Decía:

—Tened cuidado con la forma en que contempláis a los muertos. No penséis en lo que se pudre. Mirad fijamente, no apartéis la vista. Percibiréis la viva luz de vuestra propia y amada muerte en el fondo del cielo.

Sabía que creer es sano. Tratava de aconsejar y calmar al hombre desesperado, indicándole con el dedo al hombre resignado; y de transformar el dolor que mira a una fosa, mostrándole el dolor que mira a una estrella.

V

De cómo monseñor Bienvenue hacía durar tanto sus sotanas

La vida interior de Mons. Myriel estaba llena de los mismos pensamientos que su vida pública. Para quien hubiera podido observarla de cerca, aquella pobreza voluntaria en la que vivía el obispo de Digne habría constituido un espectáculo grave y fascinante.

Como casi todos los ancianos y la mayoría de los pensadores, dormía poco. Pero su sueño era profundo. Por la mañana se recogía durante una hora, luego decía misa, bien

en la catedral, bien en su oratorio. Oficiada la misa, desayunaba pan de centeno mojado en la leche de sus vacas. Después trabajaba.

Un obispo es una persona muy ocupada; tiene que recibir todos los días al secretario del obispado, por lo general un canónigo, y casi todos los días a los principales vicarios. Tiene congregaciones que controlar, privilegios que conceder, toda una biblioteca eclesiástica que examinar, feligreses, catecismos diocesanos, libro de horas, etc., cartas pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, curas y alcaldes a quienes poner de acuerdo, correspondencia eclesiástica, correspondencia administrativa; por una parte el Estado, por otra la Santa Sede, en fin, mil asuntos.

El tiempo que le dejaban estos mil asuntos, sus oficios y su breviario lo dedicaba en primer lugar a los necesitados, a los enfermos, a los afligidos; el tiempo que le dejaban los afligidos, los enfermos y los necesitados se lo daba al trabajo. Lo mismo cavaba en el jardín que leía y escribía. Tenía una palabra para estos dos tipos de trabajo; lo llamaba *jardinear*.

—El espíritu es un jardín —decía.

Comía a mediodía. El almuerzo se parecía al desayuno.

Hacia las dos, cuando hacía bueno, salía y paseaba por el campo o por la ciudad entrando a menudo en las casas humildes. Se le veía caminar solo, entregado a sus pensamientos, la mirada baja, apoyado en su largo bastón, vestido con un abrigo guateado color malva, bien caliente, calzado con medias violeta y gruesos zapatos y tocado con un sombrero de teja de cuyo borde colgaban tres borlas bañadas en oro granulado con semillas de espinacas.

Allí donde aparecía era una fiesta. Se diría que su presencia tenía algo de reconfortante y luminoso. Los niños y los viejos salían al umbral de las puertas, lo mismo por el obispo que por el sol. Bendecía y lo bendecían. Si alguien tenía necesidad de algo, se le indicaba la casa del obispo.

Se paraba acá y allá, hablaba a los chicos y a las chicas, y sonreía a las madres. Visitaba a los pobres cuando tenía dinero; cuando no, a los ricos.

Como hacía durar las sotanas mucho tiempo y no quería que nadie se diera cuenta, siempre salía vestido con su abrigo malva. Eso le molestaba algo en verano.

Por la noche, a eso de las ocho y media, cenaba con su hermana, y la señora Magloire, en pie detrás de ellos, servía la mesa. Nada más frugal que su cena. Ahora bien, si el obispo tenía a cenar a alguno de sus curas, entonces la señora Magloire aprovechaba para servir alguno de los excelentes pescados de los lagos o alguna fina pieza de caza de la montaña. Cualquier cura era un pretexto para una buena comida. Aparte de eso, lo normal era un hervido de legumbres y sopa de pan con aceite. En la ciudad se decía:

—Cuando el obispo no come como un cura, come como un trapense.

Después de cenar charlaba durante una media hora con su hermana Baptistine y con la señora Magloire; luego entraba en su habitación, se ponía a escribir tanto en hojas sueltas como en los márgenes de algún infolio. Era muy letrado y algo sabio. Dejó cinco o seis manuscritos bastante curiosos; entre otros, una disertación sobre el versículo del Génesis: *Al principio, el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas*. Confronta

con este versículo tres textos: la versión árabe, que dice: «Los vientos de Dios soplaban»; Flavio Josefo, que dice: «Un viento venido de lo alto se precipitó sobre la Tierra», y, en fin, la paráfrasis caldea de Onkelos que reza: «Un viento procedente de Dios soplabla sobre la faz de las aguas». En otra disertación, examina las obras teológicas de Hugo, obispo de Ptolemais, tío abuelo de quien escribe este libro, y establece que es necesario atribuir a este obispo los diversos opúsculos publicados en el siglo pasado bajo el pseudónimo de Barleycourt.

A veces, en medio de una lectura, cualquiera que fuese el libro que tuviera entre manos, caía de repente en una meditación profunda, de la que no salía más que para escribir algunas líneas sobre las páginas del mismo volumen. Estas líneas no tenían a menudo ninguna relación con lo que estaba leyendo. Tenemos a la vista una nota suya manuscrita en uno de los márgenes de un libro en cuarto titulado: *Correspondencia de Lord Germain con los generales Clinton, Cornwallis y los almirantes de la escuadra de América. En Versalles, librería Poinçot, y en París, Librería Pissot, muelle de los Agustinos.*

La nota dice así:

«¡Oh vos, que sois!

»El Eclesiastés os llama Todopoderoso, los Macabeos os llaman Creador; la Epístola a los Efesios os llama Libertad; Baruch os llama Inmensidad; los Salmos os llaman Sabiduría y Verdad; Juan os llama Luz; los Reyes, Señor; el Éxodo, Providencia; el Levítico, Santidad; Esdras, Justicia; la creación os llama Dios, el hombre os llama Padre; pero Salomón os llama Misericordia, y éste es el más bello de todos vuestros nombres».

Hacia las nueve de la noche, las dos mujeres se retiraban y subían a sus habitaciones de la primera planta, dejándolo solo hasta la mañana siguiente en la planta baja.

Ahora es necesario que demos una idea exacta de la vivienda del señor obispo de Digne.

VI

Quién guardaba su casa

La casa se componía, como hemos dicho, de una planta baja y un solo piso: tres habitaciones en la planta baja, tres en el primer piso y, encima, el granero. Detrás de la casa, un jardín de apenas tres cuartos de hectárea. Las dos mujeres ocupaban el primer piso. El obispo se alojaba abajo. La primera habitación, la que daba a la calle, le servía de comedor; la segunda, de dormitorio; y la tercera, de oratorio. No se podía salir del oratorio sin pasar por el dormitorio, ni salir de éste sin atravesar el comedor. En el oratorio había, al fondo, una alcoba, cerrada, con una cama dedicada a los huéspedes. Monseñor se la ofrecía a los curas de pueblo cuyos asuntos o necesidades de su parroquia llevaban a Digne. La farmacia del hospital, un pequeño añadido a la casa construido sobre el jardín, se había transformado en cocina y despensa.

Había además en el jardín un establo, que había sido cocina en el antiguo hospicio, en el que el obispo guardaba dos vacas. Independientemente de la leche que dieran, él hacía llegar todas las mañanas la mitad a los enfermos del hospital. «Pago mi diezmo», decía.

Su dormitorio era bastante grande y bastante difícil de calentar en invierno. Como la leña en Digne era muy cara, se le había ocurrido hacer en el establo un compartimento cerrado con unos tabiques de tablas. Era allí donde pasaba las tardes cuando el frío arciaba. Decía que era su *salón de invierno*.

No había en este salón de invierno, lo mismo que en el comedor, más muebles que una mesa blanca de madera cuadrada y cuatro sillas de paja. El comedor estaba adornado, además, con un viejo aparador rosa pintado al temple. De semejante armatoste, convenientemente adornado con manteles blancos y puntillas, el obispo había hecho el altar que decoraba el oratorio.

Los ricos que con él se confesaban y las santas mujeres de Digne a menudo daban dinero para comprarle un altar nuevo digno del oratorio de monseñor; él, en cada ocasión, se lo había dado a los pobres.

—El altar más bello, decía, es el alma de un desgraciado consolado que da gracias a Dios.

Tenía en el oratorio dos reclinatorios de mimbre y un sillón, igualmente de mimbre, en su dormitorio. Cuando por una casualidad recibía a siete u ocho personas a la vez: el prefecto, o el general, o el Estado Mayor del regimiento de la guarnición, o algunos alumnos del seminario, se veía en la obligación de buscar en el establo las sillas del salón de invierno, los reclinatorios del oratorio y el sillón del dormitorio; de esta forma se podían reunir hasta once asientos para los visitantes. Con cada visita se desamueblaba alguna habitación.

Ocurría, a veces, que eran doce; entonces el obispo disimulaba su apuro permaneciendo de pie, al lado de la chimenea si era invierno o proponiendo un paseo por el jardín si era verano.

Había además en la alcoba una silla, pero estaba medio desfondada y no tenía más que tres patas, lo que hacía que no pudiera usarse más que apoyada contra la pared. La señorita Baptistine tenía también en su dormitorio una gran butaca de madera, ancha y profunda, con sus cojines, en otro tiempo dorada y tapizada con un tejido floreado de seda, pero se habían visto obligados a subirla al primer piso por la ventana, dado lo estrecho de la escalera; no se podía, por tanto, contar con ella en caso de apuro mobiliario.

La ambición de la señorita Baptistine habría sido comprar un mueble de salón con canapé, de caoba con molduras y patas torneadas en cuello de cisne, tapizado de terciopelo amarillo de Utrecht adornado con rosetones bordados. Pero habría costado al menos quinientos francos, y, viendo que no había conseguido ahorrar más que cuarenta y dos con cincuenta céntimos, había terminado por renunciar a él. Por otra parte, ¿quién alcanza su ideal?

Nada más fácil de imaginar que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardín, enfrente de la cama; una cama de hospital, de hierro, con un dosel de sarga verde; junto a la cama, detrás de una cortina, unos utensilios de aseo que todavía de-

lataban las antiguas costumbres elegantes del hombre de mundo; dos puertas: una, cerca de la chimenea, daba al oratorio, y la otra, junto a la biblioteca, al comedor; la biblioteca, un gran armario con puertas acristaladas lleno de libros; la chimenea, con la campana de madera pintada imitando mármol, normalmente sin fuego; en el hogar, un par de cabaletes de hierro para sujetar los troncos, adornados con búcaros, guirnaldas y estrías, en un tiempo argentadas con polvo de plata, lo que era una especie de lujo episcopal; encima de la chimenea, en el lugar donde normalmente se coloca el espejo, un crucifijo de cobre, en otro tiempo plateado, fijado sobre una tabla forrada de terciopelo negro raído en un marco de madera desdorado. Cerca de la puerta-ventana, una gran mesa con un tintero llena de papeles desordenados y de gruesos volúmenes. Delante de la mesa, el sillón de mimbre. Delante de la cama, un reclinatorio tomado prestado del oratorio.

Dos retratos en marcos ovalados colgaban de la pared, uno a cada lado de la cama. Unas pequeñas inscripciones doradas sobre el fondo neutro de la tela, al lado de las figuras, indicaban que los retratos representaban, uno al abad de Chaliot, obispo de Saint-Claude, y el otro, al abad Tourteau, vicario general de Agde, abad de Grand-Champ, de la orden cisterciense, diócesis de Chartres. El obispo, que sustituía en esta habitación a los enfermos del hospital, había encontrado allí los retratos y allí los había dejado. Eran sacerdotes, probablemente donantes: dos motivos para que él los respetara. Todo lo que sabía de estos personajes era que habían sido nombrados por el rey, el uno para su obispado y el otro para su vicaría, el mismo día: el 27 de abril de 1785. Al descolgar la señora Magloire los cuadros para sacudir el polvo, el obispo había encontrado este dato escrito con tinta blancuzca en un papel amarillento, pegado en cuatro puntos con goma arábiga al dorso del retrato del abad de Grand-Champ.

Tenía en la ventana una antigua cortina de lana que terminó por ser vieja hasta el punto de que, para evitar el gasto de una nueva, la señora Magloire había tenido que hacer un gran cosido justo en el medio. El cosido dibujaba una cruz. El obispo a menudo lo hacía notar.

—¡Qué bien queda! —decía.

Todas las habitaciones de la casa, tanto las de la planta baja como las del primero, estaban encaladas, una moda propia de cuarteles y hospitales.

Sin embargo, los últimos años la señora Magloire había encontrado, como se verá más adelante, bajo el papel pintado, unas pinturas que adornaban la habitación de la señorita Baptistine. Antes de ser hospital, aquella casa había sido sala de juntas de burgueses. De ahí aquella decoración. Los suelos de todas las habitaciones eran de ladrillos de barro rojos, que se lavaban todas las semanas, y cada cama tenía delante su alfombra de paja trenzada. Por lo demás, la casa, regentada por las dos mujeres, estaba exquisitamente limpia de arriba abajo. Era el único lujo que el obispo se permitía. Y decía:

—Esto no quita nada a los pobres.

Hay que admitir, sin embargo, que de lo que en otro tiempo poseía le quedaban seis cubiertos de plata y un cucharón para la sopa que la señora Magloire, dichosa, miraba relucir espléndidamente sobre el grueso mantel de tela blanca. Y como aquí pintamos al señor obispo tal cual era, debemos añadir que más de una vez llegó a decir:

—Difícilmente me acostumbraría a comer sin esta cubertería.

Tenía, además, dos grandes candelabros de plata maciza que había heredado de una tía abuela. Estos candelabros, normalmente puestos sobre la chimenea del obispo, portaban dos velas de cera cada uno. Cuando había invitados, la señora Magloire encendía las velas y ponía los candelabros en la mesa.

Había en el dormitorio del obispo, junto a la cabecera de la cama, un pequeño armario en el que la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharón. Hay que decir que nunca se quitaba la llave de la cerradura.

El jardín, algo estropeado por las construcciones bastante feas de las que hemos hablado, se componía de cuatro senderos en cruz que confluían en un sumidero en el centro del jardín y un paseo circundante que seguía el muro blanco que lo cercaba. Estos paseos limitaban cuatro rectángulos de tierra bordeados de boj. En tres de ellos la señora Magloire cultivaba todo tipo de hortalizas; en el cuarto el obispo había puesto flores. Había, aquí y allá, algunos árboles frutales.

Una vez la señora Magloire le dijo con cierta malicia cariñosa:

—Monseñor, usted, que saca provecho de todo, tiene ahí un terreno inútil. Más valdría que produjera legumbres y hortalizas.

—Señora Magloire, se equivoca. Lo bello es tan útil como lo útil.

Y añadió tras un momento de silencio:

—Quizá más.

El rectángulo en cuestión, compuesto de tres o cuatro arriates, ocupaba al obispo casi tanto como los libros. Pasaba en él buenos ratos cortando, escardando, haciendo hoyos donde sembrar sus semillas. No era hostil con los insectos, al menos tanto como habría deseado un jardinero. Por lo demás, no tenía pretensiones botánicas; no conocía las esporas ni la doctrina del solidismo; no trataba en modo alguno de decidir entre Tournefort y el método natural; no tomaba partido ni por los utrículos en contra de los cotiledones, ni por Jussieu contra Linneo. No estudiaba las plantas; amaba las flores. Respetaba mucho a los sabios y más a los ignorantes, y, sin faltar jamás a los dos respetos, regaba sus arriates todas las tardes de verano con una regadera de hierro estañado pintada de verde.

Ninguna puerta de la casa cerraba con llave. La del comedor, que, como ya se ha dicho, daba directamente a la plaza de la catedral, estuvo en otro tiempo armada de cerraduras y cerrojos, como la puerta de una prisión. El obispo hizo quitar todos estos hierros, y la puerta, de día y de noche, sólo se cerraba con el picaporte. Cualquiera que llegara a cualquier hora no tenía más que empujar la puerta. Al principio, aquella puerta nunca cerrada atormentaba a las dos mujeres; pero el señor de Digne les dijo:

—Poned cerrojos en vuestras habitaciones si eso os tranquiliza.

Ellas terminaron por compartir su confianza o, al menos, hicieron como si la compartieran. La señora Magloire, sólo de tarde en tarde, sentía algún pavor. En cuanto al obispo, se puede encontrar su pensamiento explicado o al menos expresado en estas tres líneas escritas por él mismo en los márgenes de su Biblia: «Éste es el matiz: la puerta del médico nunca debe estar cerrada; la del sacerdote siempre debe estar abierta».

En otro libro, titulado *Filosofía de la ciencia médica*, había escrito esta otra nota: «¿Acaso no soy médico como ellos? Yo también tengo enfermos; en primer lugar, tengo los suyos, que ellos llaman enfermos; y después tengo los míos, que yo llamo desgraciados».

Y también había escrito en otro lugar: «No preguntéis el nombre a quien os pide amparo. Es, sobre todo, aquel a quien su nombre turba quien necesita asilo».

Sucedió que a un digno cura, no sé ya si el de Couloubroux o el de Pompierry, se le ocurrió preguntarle, probablemente instigado por la señora Magloire, si monseñor estaba seguro de no cometer imprudencia dejando la puerta abierta noche y día a disposición de quien quisiera entrar, y si no temía que ocurriera alguna desgracia por tener la casa tan poco guardada. El obispo le tocó en el hombro con dulce gravedad y le dijo:

—*Nisi Dominus custodierit domum, in vanum vigilant qui custodiunt eam.**

Después habló de otras cosas.

Decía con cierta fruición:

—Hay la valentía del sacerdote, como hay la del coronel de dragones. Sólo que —añadía—, la nuestra debe ser tranquila.

VII

Cravatte

Es el momento de referir un hecho que no debemos omitir, pues es de los que mejor reflejan la clase de hombre que era el obispo de Digne.

Tras la destrucción de la banda de Gaspard Bès, que había infestado las gargantas de d'Ollioules, uno de sus lugartenientes, Cravatte, se refugió en la montaña. Durante algún tiempo se ocultó con sus bandidos, los que quedaban del grupo de Gaspard Bès, en el condado de Niza, después pasó al Piamonte, y de repente apareció en Francia, cerca de Barcelonnette. Se le vio primero en Jauziers, después en Les Tuiles. Se ocultó en las cuevas de Joug-de-l'Aigle, y de allí bajó a las aldeas y pueblos por los barrancos del río Ubaye y su afluente el Ubayette. Se atrevió a llegar hasta Embrun, entró una noche en la catedral y desvalijó la sacristía. En sus correrías desolaba el país. La gendarmería lo persiguió, pero en vano; siempre escapaba; algunas veces resistía a viva fuerza. Era un osado miserable. En medio de este terror, llegó el obispo. Hacía su visita pastoral. En Chastelar, el alcalde le salió al encuentro y le instó a desandar el camino. Cravatte controlaba la montaña hasta el Arche, y más allá. Había peligro, incluso con escolta. Era exponer inútilmente a tres o cuatro desgraciados gendarmes.

—También cuento —dijo el obispo— con ir sin escolta.

—¿Eso piensa, monseñor? —exclamó el alcalde.

—Tan es así que rechazo absolutamente la escolta y partiré dentro de una hora.

* «Si Dios no guarda la casa, en vano vigilan quienes la custodian». (*N. del T.*)

—¿Partir?

—Partir.

—¿Solo?

—Solo.

—¡Monseñor!, no hará eso.

—Hay allí, en la montaña —siguió el obispo—, una humilde parroquia, muy pequeña, que no visito desde hace tres años. Son buenos amigos. Amables y honrados pastores. De treinta cabras que guardan sólo una es suya. Hacen unos preciosos cordones de lana de diversos colores y tocan canciones montañosas con sus pequeñas flautas de seis agujeros. Necesitan que se les hable de vez en cuando del buen Dios. ¿Qué pensarían de un obispo que tiene miedo? ¿Qué dirían si no fuese a verlos?

—¡Pero, monseñor, los bandidos! ¡Mire que si se topa con los bandidos!

—Ahora que lo pienso. Tiene razón. Puedo encontrarlos. También ellos necesitarán que se les hable del buen Dios.

—¡Monseñor!, ¡pero si es una banda! ¡Una manada de lobos!

—Señor alcalde, quizá sea éste el rebaño del que Jesús quiere hacerme pastor. ¿Quién conoce los caminos de la Providencia?

—Monseñor, lo desvalijarán.

—No tengo nada.

—Lo matarán.

—¿A un buen hombre, viejo y sacerdote, que anda por la vida farfullando sus memorias? ¡Bah! ¿A santo de qué?

—¡Ah, Dios mío!, ¡si llegara a encontrarlos!

—Les pediría limosna para mis pobres.

—Monseñor, no vaya. ¡Por lo que más quiera! Expone la vida.

—Señor alcalde, ¿no es más que eso? No estoy en este mundo para conservar la vida, sino para velar por las almas.

Hubo que dejarle hacer. Partió, acompañado solamente de un niño que se ofreció a servirle de guía. Su obstinación dio que hablar en el país y asustó mucho a la población.

No quiso llevar ni a su hermana ni a la señora Magloire. Atravesó la montaña en mulo sin encontrar a nadie y llegó sano y salvo donde sus «buenos amigos» los pastores. Se quedó quince días predicando, administrando, enseñando la doctrina, moralizando. Próximo a partir, resolvió cantar pontificalmente un *Tè Deum*. Se lo dijo al cura. Pero ¿cómo hacer si no había ornamentos episcopales? Sólo podían ofrecerle una miserable sacristía de pueblo con algunas viejas casullas de damasco gastado adornadas con falsos galones

—¡Bah! Señor cura, anunciemos nuestro *Tè Deum* en la plática. Esto se va a arreglar.

Buscaron en las iglesias de los alrededores. Todas las magnificencias de aquellas humildes parroquias no habrían servido para vestir convenientemente a un sochantre de la catedral.

En medio del apuro, llegaron dos jinetes desconocidos y depositaron en el presbiterio una gran caja para el señor obispo, marchándose inmediatamente. Abrieron la caja;

contenía una capa de paño tejido en oro, una cruz, una mitra adornada con diamantes, una cruz arzobispal, un báculo magnífico, todas las vestiduras pontificales robadas un mes antes al tesoro de Nuestra Señora de Embrun. En la caja encontraron un papel en el que se leía: «De Cravatte para monseñor Bienvenue».

—Cuando yo decía que esto se arreglaría! —dijo el obispo.

Después añadió sonriendo:

—A quien se contenta con una sobrepelliz de cura, Dios le envía una capa de arzobispo.

—Monseñor —murmuró el cura cabeceando con una sonrisa—, Dios o el diablo.

El obispo miró fijamente al cura y recalcó con autoridad:

—¡Dios!

Cuando volvió a Chastelar, y también a lo largo del camino, la gente iba a verle con gran curiosidad. En el presbiterio de la iglesia encontró a la señorita Baptistine y a la señora Magloire, que lo estaban esperando, y dijo a su hermana:

—¿Qué, tenía yo razón? El pobre cura se fue donde los pobres montañeses con las manos vacías y vuelve con las manos llenas. Partí llevando conmigo nada más que la confianza en Dios; vuelvo con el tesoro de la catedral.

Por la noche, antes de acostarse, aún añadió:

—No temamos jamás a los ladrones ni a los asesinos. Esos peligros son los peligros de fuera, pequeños peligros. Temámonos a nosotros mismos. Los prejuicios, éstos son los ladrones; los vicios, ahí tenéis a los asesinos. Los grandes peligros están en nuestro interior. ¡Poco importa lo que amenaza nuestra cabeza o nuestro bolsillo! No pensemos sino en lo que amenaza nuestra alma.

Después, volviéndose a su hermana:

—Hermana mía, un sacerdote nunca tomará precaución contra el prójimo. Lo que el prójimo hace Dios lo permite. Limitémonos a rogar a Dios cuando creemos que nos llega un peligro. Roguémosle no por nosotros sino para que no seamos nosotros la ocasión de que nuestro hermano caiga en falta.

Por lo demás, en su vida los acontecimientos eran cosa rara. Narramos los que conocemos; pero de ordinario se pasaba la vida haciendo siempre las mismas cosas en los mismos momentos. Un mes de uno de sus años se parecía a una hora de uno de sus días.

En cuanto a qué fue del «tesoro» de la catedral de Embrun, no pondrían en un aprieto si nos preguntaran. Contenía muchas cosas bellas y muy tentadoras para robar en beneficio de los desgraciados. Robadas, lo estaban ya hacía tiempo. La mitad de la aventura había terminado; sólo quedaba cambiar la dirección del robo, obligándolo a dar un pequeño giro hacia los pobres. Pero no afirmamos nada sobre este asunto. Solamente se ha encontrado entre los papeles del obispo una nota bastante oscura que se refiere quizá a este caso y que dice así: «La cuestión es saber si esto debe volver a la catedral o quedarse en el hospital».